COLECCION
DOCTRINAS SOCIALES

Julio César Jobet

LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO

PRENSA LATINO-AMERICANA, S. A.

Palabras preliminares

EL LIBRO *del escritor Julio César Jobet, "Los fundamentos del marxismo" es de real importancia para el conocimiento objetivo de las teorías básicas del marxismo, como concepción del mundo, como análisis y crítica del régimen capitalista y como método para lograr su transformación. Por estar redactado en un estilo sencillo, con una sintética y completa información sobre cada uno de los principales aspectos de las doctrinas marxistas, utilizando con frecuencia las propias palabras de sus creadores, o las de sus mejores comentadores, es una obra de vulgarización seria y documentada, indispensable para enfrentar el estudio y lograr la comprensión del vasto y complejo pensamiento marxista.*

La primera y segunda ediciones de este libro aparecieron en la época del Frente Popular, cuando el viejo Partido Socialista se incorpora pujante y vigoroso a las funciones de gobierno, en plena adolescencia política, con fe y esperanza. Su experiencia fué desastrosa y después de varios años de luchas y peripecias se desintegró dividido en diversos grupos, a causa del abandono de sus principios revolucionarios, marxistas, a cambio de pequeñas sinecuras en las cuales claudicaron sus equipos dirigentes, ideológicamente débiles.

La nueva edición sale a luz en momentos difíciles para nuestro país y sus clases trabajadoras, donde el Partido Socialista Popular, organismo que reúne a los sectores sinceramente revolucionarios del antiguo Partido Socialista, posee una alta responsabilidad política por su influencia en el seno de las masas y su gravitación nacional.

El Partido Socialista Popular libra, desde 1948, una tenaz contienda por difundir el socialismo democrático, de

base marxista, en las filas de la clase obrera y ante el caos de facciones y camarillas en que se deshizo el antiguo Partido Socialista, y frente a las agrupaciones de la política burguesa, en todas las cuales la única palabra de orden y el único vínculo interno es el demagogo irresponsable y el politiquero profesional que las guía al asalto de los puestos públicos, defiende intransigentemente una doctrina y un programa; organiza conscientemente a un poderoso sector de las clases laboriosas del país y representa una corriente de opinión y una posición que abarca el mundo entero.

El socialismo popular combate a todas las agrupaciones efímeras sin programas ni principios, ni más objetivo que el triunfo personal del momento. Su clara posición es orientadora y valerosa, desde que en el país, en los últimos años, a raíz de la quiebra y fracaso de los partidos políticos, un gran sector de la ciudadanía chilena se ha dejado llevar al desdén por los principios políticos y a la afirmación de que lo único importante es la situación de cada día. Y es así como en lugar de una filosofía política o se impone la adhesión a un jefe o a un partido único, hasta caer en la dictadura y el gobierno personal; o se vive al día, de laboriosos arreglos y medidas insignificantes, estimándose como la más alta sabiduría política el arte de las componendas sin trascendencia.

A causa de las observaciones anteriores creemos oportuna esta nueva edición de "Los fundamentos del marxismo", por cuanto se mantiene inalterable la vigencia de las grandes teorías de Marx y Engels, parte decisiva y esclarecedora del pensamiento social moderno, que obliga su estudio constante a quienes las profesan y, también, a su conocimiento desinteresado por parte de cualquier ciudadano preocupado de la suerte de su época.

El presente siglo nace bajo el signo de una nueva filosofía; el marxismo. El marxismo arranca de 1848, fecha en que apareció "El Manifiesto Comunista". Las décadas lo maduran. Bajo la brújula de sus conceptos, el proletariado mundial descubre que posee un papel humano colectivo. Es decir, el proletariado se da cuenta de su papel.

Los obreros no solamente deben ser masa amorfa, populacho que asalta una bastilla, o ejército que marcha hacia la carnicería de la guerra. El pueblo no debe tener la intrascendencia anónima que le imprime el conductor, el conquistador, el general. La historia no debe jalonarse a través de los nombres de los héroes. El proletariado es también un héroe, un héroe enorme, grande, multitudinario, movido por ideales comunes que brillan en los cerebros de todos los trabajadores unidos. Certeramente ha escrito Max Beer: "Antes de Marx, el proletariado era la Cenicienta de la política, un simple objeto de piedad para los sociólogos; Marx lo elevó al rango de pretendiente al trono, de futura clase dominante, llamada a derrocar el orden antiguo y a edificar el nuevo orden".

El marxismo forja la lucha revolucionaria en la mitad del siglo pasado. Le da contenido, médula, internacionalismo. Por primera vez el concepto patria tiene una superación. Los obreros se dan las manos por encima de las fronteras, se interrogan, dilucidan sus problemas, convocan a los delegados de los diversos países a conferencias.

Carlos Marx y Federico Engels le dieron al socialismo base científica y, al mismo tiempo, le imprimieron la dinámica constructiva. Marx y Engels no eran revolucionarios de gabinete. No vivían encastillados en la investigación económica, en el análisis frío y seco de la historia. Eran hombres vibrantes, emotivos y realizadores... De allí parte el paso dado para la creación de la Primera Internacional. Es estimulante la labor de los dos grandes hombres y es un ejemplo.

El marxismo, tiene, pues, una categoría de verdad incontrovertible en 1901. Los obreros, los intelectuales, los economistas, los políticos y los sabios se dan cuenta que es necesario detenerse a examinar la doctrina. La revolución rusa de 1905 conmueve al mundo y la de 1917 marca un paréntesis de expectación. Surge en el escenario social el ejecutor: Lenin. Y los años que siguen, hasta la fecha, en todos los países del orbe experimentan, en mayor o menor grado, la influencia marxista.

CAPÍTULO VII

Fundamentación teórica del Partido Socialista Popular

EL SOCIALISMO responde en todo el mundo a necesidades históricas derivadas de las condiciones de vida y de trabajo que ha impuesto el desarrollo de la economía capitalista. Por el hecho de concordar eficazmente con el sentido de la evolución general de la sociedad, él contiene las soluciones de todos los grandes problemas materiales y morales de nuestro tiempo. Es, por eso, en la actualidad, la única fuerza realmente creadora.

Impulso espontáneo de las masas obreras en un comienzo, fué determinando en consonancia con los progresos del industrialismo, sus objetivos específicos y plasmándolos en una doctrina que tiene alcance universal, tanto por el valor humano de sus postulados esenciales como por el hecho de que el sistema capitalista, dotado de extraordinario dinamismo expansivo, llevó sus formas de vida a todas las regiones de la tierra, suscitando en todos los pueblos parecidas necesidades.

Nuestro partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que deberá erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota. Tiene, por lo tanto, la misión de educar políticamente a la clase trabajadora para hacerla capaz de cumplir la tarea que le corresponde en este período de crisis orgánica de la sociedad burguesa y aquella otra que le exigirá, en un porvenir próximo, la construcción de la sociedad sin clases.

Ubicación del Socialismo

ES NECESARIO que los militantes del P. S. y el pueblo comprendan plenamente la significación histórica y humana del socialismo, la justeza de su posición revolucionaria frente a los problemas de la época y las perspectivas nacionales y mundiales de su acción política. *Dialécticamente generado por el capitalismo, el socialismo constituye su necesaria superación, tanto en la evolución interna de las distintas sociedades nacionales como en la transformación mundial de las relaciones económicas.*

Desde sus orígenes, el socialismo ha sido la avanzada del movimiento histórico de la clase trabajadora.

Al quebrantarse de manera definitiva el antiguo régimen —económicamente con la Revolución Industrial y políticamente con la Revolución Francesa, en la segunda mitad del siglo XVIII— pasó a ocupar la dirección del Estado la burguesía ilustrada y mercantil, dándose comienzo a la expansión del industrialismo capitalista, en lo económico, y del individualismo liberal, en lo político.

La ruptura de las formas orgánicas de la sociedad nobiliaria, y con ellas, los últimos vestigios de las garantías corporativas que protegieron el trabajo artesanal, fué necesaria para el acrecentamiento del poderío burgués; pero las instituciones democrático-liberales que entraron a reemplazarlas —incluso los derechos primarios consagrados en la ley positiva— no tuvieron vigencia real para las mayorías asalariadas.

La nueva clase dominante que manejaba la producción y el comercio fué imprimiendo su estilo de vida a la sociedad.

Despojado de su dignidad ética y convertido en precaria mercancía, el trabajo humano quedó sujeto a la mecánica ley de la oferta y la demanda, dentro de la libre concurrencia de las fuerzas económicas. Así, mientras se reconocían enfáticamente en la letra de las Constituciones los "derechos del hombre y del ciudadano", quedó la masa asalariada sometida a una servidumbre económica que, en muchos aspectos, era aún más intolerable que la del esclavo antiguo y la del siervo medioeval.

La voluntad burguesa de enriquecimiento material, ejercida con prescindencia de toda consideración superior, condujo a una explotación sistemática del trabajo humano. Pudo verse, desde entonces, en los grandes centros de la industria capitalista y en los países coloniales donde ella iba en busca de materias primas y mercados propios, una pauperización creciente de las masas obreras, tomadas en su conjunto, que seguía, como proceso correlativo, al aumento del lucro de las empresas privadas.

El Estado democrático-liberal —instrumento político del poder económico de la burguesía en ascenso— se resistió a intervenir en los procesos de la producción y del intercambio, en virtud del principio de la economía libre concebido como el fundamento natural de la prosperidad pública y del equilibrio dinámico de las energías sociales. Colocadas, en cierto modo, al margen del Estado, las clases trabajadoras no pudieron contar sino con sus propios recursos frente a los dueños de la técnica y del dinero que disponían, también, para la defensa de sus intereses, de eficaces mecanismos jurídicos y represivos.

Por primera vez en la revolución de 1848 en Francia actuó el proletariado, no como simple fuerza de choque de la burguesía progresista, sino como una clase ya consciente de sus peculiares reivindicaciones. También, entonces, aparecieron expuestas por primera vez de una manera sistemática, en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels, las ideas que han servido de base doctrinal a su impulso revolucionario. Desde esa fecha hasta nuestros días, el movimiento reivindicatorio de la clase trabajadora ha ido desenvolviéndose progresivamente en el plano político y defendiendo su contenido ideológico en el proceso mismo de la evolución económico-social.

Por su parte, el capitalismo ha ido desarrollándose en forma tal que ha generado los más repudiables fenómenos anti-sociales, como el imperialismo y la guerra. El primero

se ha concretado en el sojuzgamiento colonial de los pueblos de economía retrasada por potencias gobernadas bajo el control de grandes concentraciones capitalistas y el segundo se ha manifestado en una pugna permanente de esas potencias por lograr el dominio del mundo. Demostración irrefutable de esa fatídica lucha fué la Primera Guerra Mundial, promovida por intereses enteramente ajenos a los trabajadores.

Estamos ahora, en un período de grandes mutaciones hitóricas. La lucha por el dominio del mundo ha entrado en su etapa decisiva. Los poderes imperialistas triunfantes en la Segunda Guerra Mundial se aprestan para nuevas empresas bélicas en las que habrá de resolverse, a favor de alguno de ellos, el inestable equilibrio político existente, o se dislocará por completo la civilización bajo el incalculable efecto destructivo de las armas científicas.

Por encima de las formas políticas en que se desenvuelve la acción de los Estados, tres son las fuerzas principales que se manifiestan en la realidad internacional, determinando cada una de ellas, en un mayor o menor grado, según las circunstancias y los lugares, las relaciones internas y externas de los pueblos: el alto capitalismo financiero que, en conformidad al principio de libre empresa, procura mantener en pie la quebrantada estructura del régimen burgués; el comunismo soviético que sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso; y el socialismo revolucionario que aspira a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero.

La implantación del socialismo está, pues, a la orden del día.

El Movimiento Histórico y la Lucha de Clases

LA DOCTRINA socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto

de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora.

El socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo intemporal, de la naturaleza humana: parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia.

Como en la naturaleza, todo en la Historia está sujeto a la ley de una incesante transformación. No hay instituciones definitivas ni valores eternos. La Historia es un complejo devenir en el que nuevas formas de vida surgen sin cesar, un proceso dialéctico en el que por virtud de internas tensiones la realidad social constantemente se modifica.

El marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica. *Impulsados por sus necesidades, los hombres hacen la historia, desarrollando fuerzas físicas y anímicas capaces de producir bienes culturales. La índole y el manejo de esas fuerzas productoras de cosas y valores, imponen determinadas relaciones en la convivencia y el trabajo, relaciones que son, por lo menos, en gran medida, independientes de la voluntad de los individuos.* Es decir, el régimen de cultura configurado por los crecientes rendimientos de la actividad social de los hombres circunscribe y orienta sus iniciativas creadoras.

Por razones obvias, la clase dominante en un momento dado —la clase que ejercita el derecho de propiedad sobre las fuerzas materiales de producción— asigna al orden institucional que la favorece un carácter de permanencia que por su naturaleza misma él no puede tener, ya que en su propio seno se van generando nuevas fuerzas sociales —representadas por una nueva clase— las que han de pro-

vocar, andando el tiempo, modificaciones revolucionarias en la estructura y el funcionamiento de la sociedad.

El fenómeno de la lucha de clases —más virtual que explícito en las sociedades antiguas y medioevales— es en la época moderna, fundamentalmente económica, el factor dinámico por excelencia de la vida histórica. De él resulta la progresiva inestabilidad de las sociedades modernas agitadas en su base misma por las fuerzas de antagónico sentido, irreductibles a cualquiera integración dentro de las actuales relaciones de propiedad.

La lucha de la burguesía contra la nobleza dentro de la sociedad feudal y del Estado monárquico, primero, y la lucha del proletariado contra la burguesía dentro de la sociedad capitalista y del Estado democrático-liberal, en seguida, han respondido, cada una en su época, a la necesidad de ajustar las normas jurídicas que regulan las relaciones de los grupos económico-sociales al estado de desarrollo de las fuerzas productoras.

Preferentemente en su aspecto económico, estas últimas han alcanzado bajo el régimen capitalista —merced al aprovechamiento intensivo de los adelantos científicos en la industria y los transportes— un desarrollo gigantesco, transformando por completo las relaciones humanas en el interior de los Estados y las relaciones de los Estados en la política mundial.

La Quiebra del Capitalismo

EL RÉGIMEN capitalista ha dejado de ser útil al progreso de las sociedades y se ha convertido en obstáculo para que las formas de convivencia y de trabajo, de más alto valor humano, que dentro de su propia evolución se han ido generando, puedan alcanzar su normal desenvolvimiento. Así lo indican los incesantes trastornos que experimentan las sociedades y los Estados: las estructuras jurídicas y políticas no son capaces de contener las fuerzas productoras cada día incrementadas por nuevos aportes de la técnica científica. *El mundo entero ha entrado en un período de revolución social.*

Los reajustes parciales que se introducen en las instituciones de cada país y los intentos para llegar a una coordinación internacional de los procesos económicos —como medio para asegurar la paz sin alterar la esencia del sistema imperante— resultan inadecuados en relación con la magnitud de los factores en juego. Mientras el aparato industrial y financiero sea propiedad de círculos privados que lo manejan teniendo en vista sus particulares intereses de lucro y predominio, subsistirá el estado de guerra latente que existe entre las clases y naciones.

Dentro del capitalismo no podrán tener solución conveniente los múltiples problemas que se derivan de la general inseguridad, las luchas por los mercados y las fuentes de materias primas, las crisis periódicas que denotan las internas contradicciones del sistema de producción y de cambio, el subconsumo de la mayoría de la población trabajadora y el paro forzoso de grandes masas de hombres hábiles con su trágica secuela de miserias físicas y morales.

Pero, sobre todo, se irá acentuando en las nuevas generacione la deformación psicológica producida por la creciente mecanización de la vida propia del industrialismo supertecnificado, la que implica como inevitable proceso correlativo una progresiva deshumanización del hombre. El carácter sórdidamente utilitario de la civilización burguesa ha deformado ya las mentalidades, dentro de todas las clases sociales, encuadrándolas en una estrecha concepción de los fines de la existencia.

Lejos de liberar a los hombres de las necesidades materiales, las fuerzas económicas desarrolladas por el capitalismo los mantienen en una servidumbre de hecho que no sólo limita su vida física, sino que menoscaba sensiblemente las posibilidades de su vida moral. Los bienes de la cultura son, en mayor parte, inaccesibles para la mayoría de los hombres. Más aún: los mismos poseedores de los medios de producción —los señores feudales de la moderna

economía— están sujetos tanto como los asalariados, aunque de ello sean menos conscientes, a las mutilaciones morales que impone el régimen del cual usufructúan.

La subsistencia del capitalismo amenaza la continuidad de la cultura, porque el capitalismo se afirma en la negación de la persona humana. Sólo la acción revolucionaria de los trabajadores y de sus organizaciones de clase asegura el destino de la humanidad.

La Revolución Rusa y su Regresión

EL SOCIALISMO encuentra actualmente, en todas partes, como uno de sus principales obstáculos, la acción de los partidos comunistas, que diciéndose propulsores del movimiento emancipador de la clase obrera no hacen sino servir la política de expansión del Estado soviético. La doble faz que presenta la política comunista introduce la desorientación en los trabajadores: a primera vista, no siempre es fácil discernir, en efecto, lo que en ella hay de socialismo revolucionario de lo que en ella hay de nacionalismo expansionista.

La Revolución de octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semi-feudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo de una economía de tipo socialista.

Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fué convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la Revolución de octubre, se han ido desvirtuando cada vez más

en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores.

Dentro del régimen soviético, se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista. Hay, por eso una diferencia radical entre la posición teórica y práctica del socialismo revolucionario y la que ha asumido, en la realidad de los hechos, el comunismo soviético. El socialismo revolucionario lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y de trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la personalidad humana. Medio indispensable para alcanzarlo es la socialización de los instrumentos de producción y de cambio. Pero, en ningún caso, acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ella conduce necesariamente a la esclavitud política de la clase trabajadora.

El socialismo revolucionario combate, en todas partes, la política comunista, porque ella vulnera los fines históricos del movimiento proletario y supedita las reivindicaciones de la clase trabajadora de los distintos países a las conveniencias específicas del Estado soviético en el plano de sus relaciones con las grandes potencias. El socialismo defiende el sentido internacional del movimiento revolucionario de los trabajadores y no puede aceptar, por lo tanto, que se pretenda ponerlo al servicio de los intereses económicos, diplomáticos o estratégicos de ningún Estado nacional.

En resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y

antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo.

El Humanismo Socialista

PRODUCTO genuino de la evolución económica y social de los pueblos modernos, el socialismo representa, en cambio, la continuidad orgánica de la cultura. *El sentido profundo de su acción revolucionaria lo constituye una valorización integral de la persona humana, hoy día desvirtuada por las condiciones de vida, negativas y mecánicas de la sociedad burguesa.*

La jerarquía de los valores se encuentra alterada y los fines han sido suplantados por los medios. El hombre, que es el valor por excelencia, aparece convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha constituído por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra; quiere, para ello, establecer una legítima jerarquía tanto en los valores como en las cosas.

El orden positivo que reclama la evolución económica debe corresponder al orden ético que exige la justicia social. Uno y otro son inseparables para el socialismo como expresiones de una situación histórica. *La tarea fundamental de nuestra época —que es, también, la misión de honor de la clase obrera, cuyo destino se identifica con el de toda la sociedad— consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir los intereses superiores del hombre y de su vida. Estos intereses no pueden ser otros que aquellos que miran al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, dentro de condiciones justas de vida y de trabajo.*

La técnica de producción creada por el hombre debe estar íntegramente al servicio de sus necesidades; el progreso de la economía no puede ser considerado como el objetivo final de sus esfuerzos, sino la base de su desarrollo cultural. Dentro de la sociedad burguesa sucede, precisamente, lo contrario; la técnica, manejada con propósitos de lucro por las minorías capitalistas, esclaviza al hombre al trabajo asalariado, y la producción de riquezas, desvirtuada en sus fines por el interés de clase, ha sido colocada por encima de todos los valores de la cultura.

El socialismo es, en su esencia, humanismo.

A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras. El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas, y, aun dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total.

Los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción; pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo nieguen: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

La organización socialista del poder económico está lejos de suponer, como los enemigos del socialismo pretenden, el control gubernativo de la vida espiritual y políti-

ca de los individuos; por el contrario, únicamente sobre la base de la propiedad social de los medios de producción podrán los individuos obtener la segurida material que les permita ejercer en forma completa sus derechos políticos y desarrollar, sin las restricciones que la situación actual les impone, sus iniciativas creadoras, en relación con los valores del espíritu.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas. *Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.*

No excluye, pues, el socialismo ninguna de las formas superiores de vida. A la inversa, él es la única garantía de que en un futuro próximo puedan ellas darse con mayor contenido humano, una vez superada la crisis por que atraviesa el mundo contemporáneo. El proceso de la decadencia de la cultura —acelerado por los conflictos de todo orden que resultan de las contradicciones internas, cada día más agudas, del capitalismo imperialista— sólo puede ser detenido por la implantación del socialismo.

La Planificación y la Libertad

COMO socialistas, consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos, ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués. Cada etapa del desenvolvimiento histórico ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción. Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo.

Los progresos de la técnica social alcanzados hasta ahora, unidos al desorden inherente a los modos capitalistas de producción han reducido al extremo el margen de acción de las iniciativas creadoras y entraban, esterilizándolo, el juego de las fuerzas vitales de la sociedad. *Si continúa la anarquía económica en que el capitalismo se debate, la civilización entera corre el peligro de caer en la pendiente de una progresiva disolución. La etapa de la libre concurrencia tiene que ser definitivamente superada.*

Esto lo comprenden los directores de las grandes empresas que realizan sus negocios dentro y por encima de los Estados, y tratan de coordianr sus actividades de modo que les permita mantener la política de ganancias. Hay una tendencia a la planificación en los círculos nacionales e internacionales del capitalismo, la que se ve estimulada por el interés de los gobiernos que tropiezan con dificultades cada vez mayores en la solución de los problemas que se les plantean. *Ninguna política de índole constructiva puede realizarse sin la base estable de una economía orgánica.*

El capitalismo liberal, fundado en la concurrencia y la libertad de comercio, ha desaparecido. El capitalismo monopolizador que lo reemplazó, no sólo no ha reducido la anarquía del mercado, sino que, por el contrario, le ha dado un carácter particularmente convulsivo. La necesidad de un "control" sobre la economía, de una "dirección estatal", de una "planificación" es reconocida ahora por casi todas las corrientes del pensamiento burgués y pequeño-burgués, desde los teóricos del fascismo hasta los de la social-democracia. Pero este control, esta dirección, está planificación, que esbozan o realizan en parte los capitalistas en períodos de alta tensión social, se efectúan en los cuadros de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y en beneficio de los propietarios de dichos medios, y no atenúan ni mejoran la situación

económica de las masas, redoblando, por el contrario, su explotación.

Existe también la planificación de tipo soviético que, si bien diverge totalmente de la de tipo capitalista por sus fines y naturaleza, no ha traído el debido mejoramiento a las clases trabajadoras rusas, en razón de que la burocracia la realiza con acelerado ritmo para mantener sus privilegios de casta, intensificar el poderío político y militar del Estado y mantener su inestable equilibrio ante el amenazante cerco capitalista mundial.

Ni la planificación capitalista, ni la planificación soviética, responden al imperativo histórico.

El estado de la técnica productora, con la complejidad de relaciones que determina, sólo hará pobisle la liberación de los trabajadores de todos los países dentro de una planificación de la economía mundial. *La planificación socialista se distingue de las otras en que no se hará para satisfacer el interés privado ni para robustecer un despotismo político, sino para colocar el poder económico al servicio de la colectividad trabajadora.*

Esto implica la necesidad de transformar radicalmente el régimen de propiedad. Por razones éticas, y ahora principalmente por razones prácticas, las cosas que tienen un destino social no pueden continuar siendo propiedad particular de individuos y de grupos. *La socialización de los medios de producción, como fundamento de una economía planificada para satisfacer mejor las necesidades humanas, constituye el objetivo primordial de la política socialista.*

Las circunstancias concretas determinarán en cada país las modalidades a que el proceso de socialización del poder económico tenga que ajustarse en su desarrollo; pero, en términos generales, él deberá evitar cuanto conduzca a una centralización burocrática que esterilizaría las iniciativas creadoras de los trabajadores y abriría paso a nuevas formas de opresión estatal. Fundamentar la democracia política en la seguridad económica es condición básica de una planificación socialista.

La madurez política de la clase obrera, expresada en una sólida organización sindical, es indispensable para la planificación socialista. *Los sindicatos han de ser considerados no sólo como instrumentos de lucha para obtener reivindicaciones específicas de clase, dentro del régimen capitalista y del Estado burgués, sino también como los cuadros técnicos de la futura sociedad y los organismos de base para la generación del poder revolucionario. Sólo a través de ellos podrá realizarse la planificación de las actividades económicas sin menoscabo de las libertades democráticas de los trabajadores.*

El Socialismo y el Estado

EL SOCIALISMO no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado.

Como órgano coercitivo, el Estado es un producto de la lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clase hayan desaparecido, el Estado en su actual carácter de aparato represivo carecerá de razón de ser. La tendrá, en cambio, como organismo técnico que coordine superiormente los procesos económicos y los servicios públicos, de acuerdo con los planes de los trabajadores organizados de las distintas funciones sociales.

La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. *No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad, sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora.* Este desplazamiento será necesariamente la culminación de un proceso orgánico, que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista.

El socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma

del impulso histórico que él presenta. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean éstos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone también fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social. Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario. Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social.

El socialismo tiene que adecuar su política a las situaciones concretas, procurando aprovechar las posibilidades que ellas ofrezcan para el logro de sus objetivos históricos. La permanente subordinación de los medios a los fines le impedirá caer en el burocratismo pasivo de la social-democracia y en la desviación nacionalista del comunismo soviético, los dos peligros que amenazan al movimiento revolucionario de la clase trabajadora en su espíritu y en su sentido.

Expresión política de la burguesía y del capitalismo, el Estado democrático-liberal tiene órganos diferenciados de poder que expresan el juego de los intereses de clase dentro de un orden jurídico definido, pero carecen de una estructura que corresponda a la naturaleza de las fuerzas sociales que en él actúan, sobre todo en el plano de las actividades directamente productoras. La democracia concebida así, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía, no pasa de ser una ficción metafísica.

Resueltos los antagonismos de clase por la socialización del poder económico, la autoridad pública ha de ser la expresión superior de la interdependencia de las funciones colectivas. *La desaparición paulatina de las formas estaduales de control político, correlativa al desarrollo planificado de trabajo social, hará posible una verdadera democracia, es decir, una democracia orgánica en la que los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integra-*

ción de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad.

El Socialismo y la Clase Trabajadora

PARA el socialismo, el conceptos de clase trabajadora no está circunscrito a los sectores urbanos del proletariado industrial, si no se extiende a todos aquellos que, no siendo poseedores de instrumentos de producción de riqueza material, obtienen sus medios de subsistencias en forma de sueldos, salarios, o remuneraciones directas, con el empleo de su capacidad personal de trabajo. La clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional.

Así entendida, la clase trabajadora comprende desde los profesionales libres hasta los campesinos a jornal. Todos experimentan, en mayor o menor grado, los efectos de la inseguridad económica propia del régimen capitalista y deprimente para la persona humana. No hace el socialismo distinción esencial alguna entre las diversas formas de trabajo. Todas son igualmente dignas y necesarias en el dinámico complejo de relaciones que constituye la realidad social. Ello no obstante, es la clase obrera la que experimenta en sí, con mayor intensidad, su condición de explotada en la sociedad capitalista. Es ella, en consecuencia también, la que objetivamente representa el núcleo central del movimiento revolucionario de los trabajadores.

Es el actual régimen económico el que condena a la mayoría de la clase trabajadora, es decir, a los obreros de la ciudad y del campo, a una vida precaria de esfuerzo físico mecanizado y casi exclusivo, que les impide incorporarse al goce pleno de los bienes culturales. *El sentido profundo de la revolución socialista se define, precisamente, por su aspiración a que todos los hombres —liberados de la inseguridad económica mediante el cumplimiento de su deber social de trabajo productor— puedan vivir su vida intelectual y moral, integrándose en la cul-*

tura de la época y dándole el impulso vital que ella necesita.

La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional, de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones específicas de clase. Esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto.

La Situación de la América Latina

LOS PROBLEMAS económico-sociales tienen en la América Latina características que no se dan en el resto del mundo. Debemos plantearlos en términos positivos y buscar sus soluciones específicas sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos o estratégicos de ninguna de las grandes potencias que actualmente luchan por la hegemonía mundial. *No podemos estar ni con el imperialismo anglo-sajón, ni con el expansionismo ruso. Debemos estar únicamente con nosotros mismos al servicio de la revolución socialista.*

Para que la América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el socialismo lucha por la unidad continental, sobre la base de la formación de una economía orgánica anti-imperialista. *La política socialista en la América Latina tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental.*

Nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante. Nuestra estructura económico-social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semi-coloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares: junto a formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el régimen del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional.

Correlativamente, la madurez política de las masas acusa en el campo y en la ciudad considerables desniveles, que se acentúan en aquellas zonas en que predomina el elemento indígena. Por otra parte, las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas.

Una política de tal naturaleza exige la movilización de todos los recursos humanos y materiales para integrar económica y culturalmente a las masas en una auténtica sociedad democrática, levantando su nivel de vida mediante la extirpación de los residuos feudalistas de nuestro régimen agrario y el aprovechamiento intensivo de nuestras fuentes de riqueza. Sólo podrá realizarla la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que efectivamente lo representen con sentido revolucionario y conciencia responsable, capaces de enfrentarse con igual energía a las dos fuerzas que amenazan nuestro desarrollo democrático y nuestro porvenir socialista: el capitalismo reaccionario y el totalitarismo soviético.

Por las razones señaladas, corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de la América Latina llevar a término en nuestros países semi-coloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado y dirigido la burguesía. *Las condiciones anormales y contradictorias en que nos de-*

batimos determinadas por el atraso de nuestra evolución económico-social en medio de una crisis, al parecer decisiva del capitalismo exigen una aceleración en el proceso de la vida colectiva: tenemos que acortar las etapas mediante esfuerzos nacionales solidarios para el aprovechamiento planificado de trabajo, de la técnica y del capital de que podamos disponer.

El progreso material, en naciones más favorecidas, ha sido el efecto del espontáneo juego de fuerzas vitales y sociales en tensión creadora. Entre nosotros, tendrá que ser el resultado de una organización de la actividad colectiva, hecha con un criterio técnico y dirigida con un propósito social. El giro de los sucesos mundiales y la urgencia de los problemas internos no dan ocasión para esperar. *Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa —reforma agraria, industrialización, liberación nacional— se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista.*

Perspectiva de Chile

La situación de Chile es, en la actualidad, paradójica: sociológicamente, es decir, en cuanto dice relación con el desarrollo institucional, somos tal vez el país más adelantado; pero, en lo que se refiere a las bases naturales del progreso material —población, fuentes de riqueza, etc.— estamos en condición subalterna en la América Latina. Lo segundo nos impide desempeñar, en la determinación de los destinos comunes, la función rectora que, de acuerdo con lo primero, debiéramos tener.

Por su misma madurez política y social, Chile no puede apartarse, en la consideración de ninguno de los problemas, del punto de vista continental. Una política chilena de sentido socialista tiene que basarse en el examen objetivo de nuestras realidades y posibilidades, dentro del sistema de correlaciones que determina la situación americana tomada en su conjunto. No estamos en

condiciones —ningún país lo está— de poner en obra iniciativas de gran trascendencia que se sustraigan a toda conexión con los demás procesos económicos y políticos que se desenvuelven en la América Latina.

Los países de América Latina formamos de hecho, un complejo orgánico. Cada uno de ellos puede desarrollarse independientemente de sus congéneres, pero a condición de someterse cada vez más a la influencia colonizadora del capital monopolista. Si queremos actuar con cierta personalidad histórica en la determinación de una pacífica y democrática convivencia mundial, estamos previamente obligados a integrar nuestros esfuerzos nacionales en una política unitaria.

Esto significa, en primer lugar, el abandono de los propósitos anarquizantes de autarquía y competencia que han inspirado, hasta aquí, el fomento de la producción agrícola e industrial, sin otro resultado que mantener en las masas bajos niveles de vida y acentuar en los rubros sustantivos del comercio nuestra subordinación con respecto de las grandes empresas extranjeras. El nacionalismo político, estimulado en su propio interés por las oligarquías criollas, ha facilitado el control imperialista de nuestros mercados de consumo y de nuestras fuentes de materias primas.

Como un aporte funcional a la constitución de una economía latinoamericana de carácter orgánico, corresponde a Chile, en este período de transición a nuevas formas de convivencia, realizar una política técnicamente planificada de activa industrialización. Por las condiciones naturales de su medio geográfico y las aptitudes predominantes de su pueblo, está Chile llamado a ser, en el continente, una gran usina que complemente con su actividad la vida económica de los demás países, cuyos productos específicos vengan, también, a complementar la nuestra a través de mecanismos regulares de cooperación y de intercambio.

Una política de esta naturaleza, que tienda al aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales, exi-

ge *la movilización completa del potencial humano por medio de las organizaciones de trabajadores, la nacionalización de las industrias básicas y las reformas del régimen agrario, el manejo estatal de los servicios públicos, especialmente de los de seguridad, salubridad y educación, la convergencia, en fin, de todas las fuerzas sociales creadoras en un propósito de superación nacional. El Estado mismo tiene que ser rehecho en su estructura orgánica de acuerdo con la realidad geográfica y económica de la Nación.*

Sólo la voluntad de la clase trabajadora puede llevar a término esta empresa cuya urgencia se hace sentir tan fuertemente en este período de transición que estamos viviendo. Sobre ella no actúan las inhibiciones que se derivan de los intereses creados ni gravita el lastre de los prejuicios tradicionales. Unicamente ella, está en condiciones de dar a la sociedad chilena la superior integración e impulso constructivo que la coloquen, de nuevo, en la avanzada del movimiento continental.

NOTA: "Fundamentación teórica del P. S. P." es la introducción del Programa del Partido Socialista Popular, redactada por el catedrático y escritor Eugenio González Rojas, senador de la República, y aprobada en la Conferencia Nacional de Programa, reunida en Santiago de Chile, en noviembre de 1947.

sos países de América Latina. Próximamente se editará, en esta misma colección, la obra del diputado socialista colombiano Antonio García denominada "La rebelión de los pueblos débiles", llamada a despertar un apasionado interés en los círculos políticos y de avanzada social.

Con este libro de Julio César Jobet se inicia la colección DOCTRINAS SOCIALES, en la que se ofrecerá más tarde un interesante y novedoso "Compendio de Materialismo Dialéctico", de Oscar Waiss.

Otras colecciones de libros y de folletos se encuentran en preparación, respondiendo a reiteradas solicitaciones de material doctrinario.

COLECCION AMERICA LIBRE

Publicado: "Nacionalismo y Socialismo en América Latina", por Oscar Waiss. $ 250.00.

Próximamente: "La rebelión de los pueblos débiles", por Antonio García.

COLECCION DOCTRINAS SOCIALES

Publicado: "Los Fundamentos del Marxismo", por Julio César Jobet. $ 220.00.

Próximamente: "Compendio de Materialismo Dialéctico", por Oscar Waiss.

PRENSA LATINOAMERICANA, S. A.

Estado 360. Oficina 6. Casilla 10430. Teléfono 30812.
Santiago de Chile

Prensa Latinoamericana S. A. ofrece, para iniciar su nueva colección "Doctrinas Sociales", esta interesante obra del escritor e historiador Julio César Jobet, cuya utilidad resulta evidente debido a la carencia casi total de publicaciones de tal índole en nuestro país.

Julio César Jobet tiene una larga trayectoria por el camino de la exposición crítica y teórica. Obras como SANTIAGO ARCOS ARLEGUI, en donde expone brillantemente la vida del socialista utopista chileno, o ENSAYO CRITICO DEL DESARROLLO ECONOMICO-SOCIAL DE CHILE, totalmente agotada, que conmovió a todos los sectores sociales del país y tuvo violentas repercusiones parlamentarias, le han dado un sólido prestigio en Chile y en todo el Continente. Nuestra empresa editorial anhela llenar un vacío que se hacía sentir en nuestro medio y por eso procura entregar al público libros que, como éste, sirvan para que los estudiosos y los profanos comprendan la importancia de las doctrinas sociales contemporáneas.

Prensa Latinoamericana S. A. ha lanzado ya dos colecciones de libros para satisfacer los fines con que fué organizada.

En la colección AMERICA LIBRE se publicó el libro de Oscar Waiss, "Nacionalismo y Socialismo en América Latina", cuya primera edición está prácticamente agotada, suscitando elogiosos comentarios en diver-

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
RICARDO SANTA CRUZ 747
SANTIAGO